COLOR HISTORIETAS **JORNADA** COLOR PARA NIÑOS

Página 1 Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor, No. Septiembre 5 de 1931





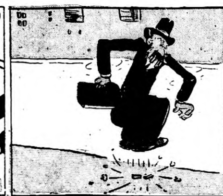
















LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI por SEGAR





















































BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA

por JIMMY MURPHY

































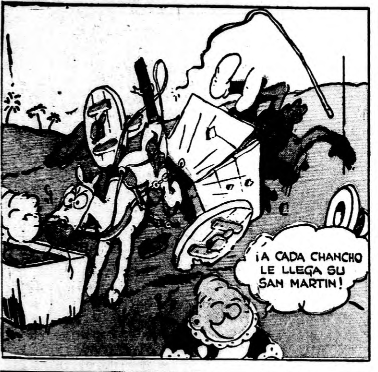
LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA



































TRAMPA DE CAZAR GILES

por TACK KNIGHT









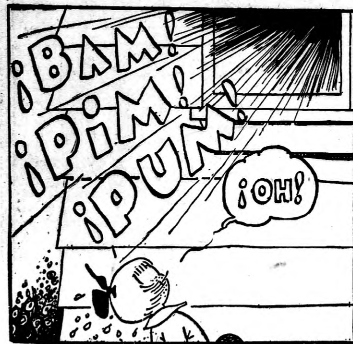
















Hay una Ciudad de la Cual Nadie Quiere Acordarse

Un Aventurero Entró en Ella y Halló Algo Tan Raro que a Pesar de su Temor Está Dispuesto a Volver a Visitar sus Calles

NADIE QUIERE DECIR SU NOMBRE

LA ciudad más maravillosa que he visto en toda el Asia, será para siempre aquella que descubrí, una tarde de octubre, al oriente de Khamil, en pleno desierto.

La caravana de camellos que me llevaba tan fatigosamente a Turfan, era demasiado lenta para un habituado, en América y Europa, a la rapidez de los trenes de lujo. Los camelleros mongoles se me habían hecho casi odiosos después de tres etapas, debiendo luchar conmigo mismo para destruir y más aún, disimular mis ímpetus de castigarlos. Junto a Khamil, con el pretexto de renovar sus provisiones, se detuvieron y parecía que no querían moverse de allí. Desesperado de estar encerrado en aquella inmunda ciudad, donde no había nada que hacer y ni ver, pregunté al fin a mi sirviente, Ghitaj, si era posible partir, entretanto, a caballo y esperar la caravana en pleno desierto.

A la mañana siguiente, sobre dos caballos pelados, pequeños pero rapidísimos, abandonamos la repugnante Khamil, corriendo hacia el Este.

El aire era fresco, pero sereno. El camino se extendía casi en línea recta, entre la hierba corta y dura de la inmensa estepa. Cabalgamos muchas horas en silencio, sin encontrar alma viviente. Al abrigo de una duna arenosa nos detuvimos para comer el cordero asado que habíamos llevado con nosotros. Ghitaj, comenzó a hacer un poco de fuego con la esperanza de ofrecerme la famosa bebida de los mongoles: el té con manteca derretida. Los caballos pastaban sobre el suelo blanquecino. Reanudamos nuestro viaje al caer la tarde. Ghitaj decía que había cerca del camino, un campamento de pastores de caballos. Pero, no se distinguía ninguna columna de humo en parte alguna del horizonte. A la claridad del crepúsculo se distinguía aun el camino.

Los caballos no daban señales de cansancio. No se podía hacer otra cosa que continuar. Volver a Khamil equivalía a perder todo el camino hecho, además de tener que cabalgar durante toda la noche. Ghitaj observaba siempre por encima de la inmensa y polvorienta blancura una señal del campamento que debía estar, según él, ya vecino. La luna se había alzado y los caballos relinchaban; comenzó a soplar el viento frío de la noche, sin poder protegernos ni por montes ni por plantas. Entretanto, nosotros nos deteníamos para escuchar o para beber algunos tragos de vodka. Ninguna tienda, ni una sola voz, ningún rumor. Miré el reloj: eran las diez. Hacía diez y seis horas que cabalgábamos. Los caballos iban al paso y temía el momento en el que ya no podrían tenerse en pie, falleciendo.

En forma difusa, enfrente nuestro, a la distancia de una media milla, se levantaba una gran sombra, alta, maciza, lineada. Ghitaj no sabía decirme que cosa era. Cierto punto de la sombra se levantaba derecha, como una torre. Mientras más nos aproximábamos, más me parecía que eran los muros de una ciudad. Ghitaj, taciturno más de lo ordinario, no respondía a mis preguntas.

No me equivocaba. En el blancor velado de la luna otoñal se alzaba delante de nosotros el perfil inmenso de una alta muralla, con la redonda torre de guardia: ¡era una ciudad!

Es feliz: esos muros significaban un refugio, un albergue, una cena, un lecho, la salvación. Pero Ghitaj callaba siempre y no parecía estar contento de encontrarse allí. Le pregunté el nombre de la ciudad; no quiso decírmelo.

De pronto me dijo: —mejor es no entrar.

No entendía. Estábamos junto a una puerta muy alta, de madera antiquísima, tachonada de gruesos clavos de hierro. Estaba cerrada. Golpeé fuertemente con el mango de mi chicote, nadie respondió. Ghitaj permanecía todavía a caballo y estaba inmóvil, meditabundo.

Viendo que nadie abría, pensé dar la vuelta por los muros para buscar otra puerta. Media milla más allá había dos torres, entre las que se abría un enorme arco oscuro, como la entrada a un escondrijo. Para entrar ahí, debía recorrer unos veinte pasos, pero el caballo se paró. Se veía al fondo del arco una puerta cerrada. A mis golpes nadie respondió. Ningún rumor se escuchaba en esta construcción gigantesca.

Salí de nuevo para continuar el contorno de la muralla. Esta se alzaba siempre, alta, antigua, desigual, tosca, silenciosa como un arrecife sin límites.



ESTABAMOS JUNTO a una puerta antiquísima; me puse a golpear con fuerza, pero nadie respondió

A poca distancia de la puerta grande descubrí una puertecilla de escasa apariencia, pero bien visible porque está al pie de una escultura de mármol negro; me pareció ver a la confusa luz de la luna, dos serpientes antropocéfalas que se besaban. La puerta estaba cerrada como las demás, pero empujándola con fuerza parecía que cedía. Ordené a Ghitaj que viniese a ayudarme; a fuerza de empujar las dos batientes del leño marchito, se abrieron, se separaron.

Pero Ghitaj no quiso entrar conmigo. Nunca lo había visto tan abatido. Se sentó sobre el suelo con la cabeza apoyada en el muro y sacó de sus ropas una especie de rosario.

Ghitaj te espera aquí, me dijo. Ghitaj no entra. Usted tampoco debía entrar.

No le hice caso. Mi caballo estaba muy cansado, pero parecía que la vecindad de las casas lo había vigorizado. Entré por un laberinto de calles estrechas, desiertas, silenciosas. Ninguna luz ni en las puertas ni ventanas; ninguna voz, ningún signo de vida. Todas las puertas estaban cerradas. Las casas eran bajas y me parecía estar prisionero.

Llegué a una amplia plaza, inundada por la luz de la luna. Doy vueltas y encuentro un grupo, tan grande que no busqué un nombre para designarlo. Sobreponiéndome me aproximé y ví que eran estatuas de animales en piedra. Reconocí un león, un camello, un caballo y un dragón.

Las casas que circunscribían la plaza eran las más altas y las más majestuosas, pero cerradas y mudas como las que ya había visto. Ensayé de llamar a las puertas, a gritar. Ninguna puerta se abrió



y nadie respondió. Ni un solo rumor de paso humano se escuchaba, ni el ladrido de los perros, ni el relincho de los caballos rompían aquella taciturna alucinación. Proseguía por otra dirección y desemboqué en otra plaza: la ciudad era, a mi parecer, grandísima. En un torreón que se alzaba en medio de un inmenso monasterio, creí sorprender un tenue rayo de luz. Me puse a vigilar. Un batir de alas me hizo comprender que se trataba de un nido de pájaros nocturnos. Ningún otro ser viviente parecía habitar la ciudad. En una calle ví algo blancuzco entre la sombra de un pórtico. Apuré mi caballo; a la luz de mi lamparilla eléctrica reconocí tres esqueletos de perros, que estaban sujetos al muro por tres cadenillas herrumbrosas.

No se oía, en esta ciudad desierta, nada más que el eco de las pisadas de mi caballo. Todas las calles estaban empedradas y casi sin hierbas y mi temor crecía de piedra en piedra. La ciudad parecía haber sido abandonada hacía pocas semanas, a lo más, pocos meses. Las construcciones estaban intactas, las ventanas cuidadosamente cerradas con sus portillos pintados de rosa, las puertas trancadas y apuntaladas. No se podía pensar en un terremoto, en un incendio, en una masacre. Todo estaba intacto, limpio, pulido, como si todos los habitantes se hubieran marchado juntos, por una decisión unánime, con calma hacía media hora. Deserción en masa, no destrucción o huída. Encontré de improviso, sobre el suelo, un jubón de mujer y un saquito con escasas monedas de cobre. Si me quedaba quieto no oía más que el roer de la carcoma.

Cabalgué en la arista geométrica que trazaba la luna tras la sombra desigual de una construcción. Esta parecía un palacio enorme, un monumento que tenía el aire de una fortaleza y que era, estaba seguro, un palacio regio o una prisión. En el portal mayor, dos colosos de bronce, dos guerreros cubiertos de armaduras color verde mar hacían de centinelas de los siglos muertos, custodiando fieramente el interior que hubiera querido ver.

Fué entonces que comencé a sentir horror en esta ciudad espectral, desierta de todo lo humano, desierta en medio de un desierto. Bajo la luna, en ese dédalo de calles y plazas donde sólo soplaba el viento, me sentí espantosamente solo, infinitamente extraño, irremediablemente alejado de mis gentes, casi fuera del tiempo y de la vida. Me ví obligado a fuerza de razonamiento, de calma y de reflexión, a darme un poco de coraje. El caballo caminaba tan lentamente, como si fuera a caer en tierra; y aun así, de tramo en tramo se detenía.

Por fortuna encontré la puertecilla por la que había entrado. Ghitaj envuelto en su capote, dormía. Al alba avistamos un humo lejano; era el campamento que debíamos haber encontrado la tarde anterior. Mi caravana llegó dos días después.

Nadie, en toda la Mongolia, ha querido decirme el nombre de esta ciudad abandonada. Más aun, en Tokío, San Francisco, en Berlín, la recuerdan como un signo terrorificante, del cual nadie quiere acordarse más. Yo siento en cambio con cierta especie de nostalgia, un gran deseo de volverla a ver.

Los Pebetes que Aún no Leen los "Cebollitas", Pero Miran las Figuras, se Divierten en sus Juegos



El que Tiene un Chiche no lo Presta a Nadie

BAJO LA VIGILANTE MIRADA de mamá, los pibes juegan con sus chiches. El que tiene el cochecito no lo presta ni por un chocolatín. ¡A lo mejor le sacan el caballo o una rueda! ¿Quién, de los grandes, no se ha deleitado viendo a estos chiquilines entretenidos en sus pasatiempos inocentes?



Los Mayorcitos se Entretienen con el MULTICOLOR

LOS MAS GRANDECITOS han dejado para los "botijas" los juguetes. Ellos tienen otro pasatiempo más interesante. Esta nena se ha guardado JORNADA en colores para los niños y lee con verdadero deleite las historietas cómicas. ¡Este sí que es un regalo para los ojos de los chicos mayorcitos!



¿Qué Travesura Estará Haciendo Ranita?

LOS NENES MAS CHIQUITOS, aquellos que aun no saben leer y exigen de los hermanos mayores que les expliquen "lo que dicen" las figuritas de Espaguetti y Dedalito, los Cebollitas, Rulito y Tucutá, se divierten a su manera en estos días lindos de sol. Este pebete sentado en la arena está pensando: ¿Qué travesura estará haciendo Ranita y su barra?

¿Dónde Están los Errores?



Esta chiquilla se está ensuciando la cara con mermelada, y eso no está bien. Busquen, muchachos, otras cosas que en este dibujo tampoco están bien. ¡Adelante!

Cuatro Figuras Ocultas



Miren cuidadosamente este dibujo y verán en él algo más de lo que aparece a simple vista. Con paciencia, quizás encuentren dos gallinas, y las cabezas de un pájaro y un oso, que se han ocultado. ¿Pueden encontrarlas?



Caja Grande $1.90

Perfumeria Dubarry

Tricolor Unico en el mundo

LE SANCY

Sintonice los dias LUNES, MIERCOLES y VIERNES "A la hora de la cena" de 20 a 21 hs. L.R.2. RADIO PRIETO

El polvo que jamás se agruma.

Piel Natural

Ocre

Rosado

Además en cajas: Piel natural, Rachel, Morocho, Ocre, Rosado